

Por **MAGDALENA GONZALEZ CASILLAS**

Los maestros (1)

CON ESTE TITULO, intencionalmente elegido por su ambigüedad semántica, quiero referirme a aquellos pintores que, además de haber desarrollado una obra personal magistralmente —magister en latín significa maestro—, han dedicado largos años de su vida al magisterio, enseñando a las nuevas generaciones los secretos de su arte —que los de su talento son intransferibles—, permitiendo la continuidad del quehacer pictórico en ésta, que José Guadalupe Zuno llamó "Tierra de pintores".

Desde Uriarte hasta Vizcarra, De Aguinaga e Ixca Farías; desde la Academia de Bellas Artes que nació en pleno fragor de la guerra independentista, hasta la Escuela de Pintura al Aire Libre, en el Museo, se han sucedido varios talleres que han cumplido tan noble y necesaria enseñanza en nuestro medio; ninguna, sin embargo, ha ofrecido la carrera de pintura como opción profesional antes de que lo hiciera la Escuela de Artes Plásticas de la Universidad de Guadalajara. Con anterioridad se podían tomar cursos sueltos de dibujo o de pintura, pero no seguir una carrera estructurada orgánicamente, con un curriculum completo que, a más de enseñar el oficio, abre el abanico a disciplinas afines, como la abstracta asignatura que es la Filosofía de la Belleza —Estética— o la Historia del Arte universal, forjando pintores hábiles y, además, cultivados y dotados de un título universitario por el profesionalismo de su capacitación. ¡Claro! De las aulas de Belén, como de todas las aulas del mundo, han salido, salen y seguirán saliendo egresados más brillantes que otros. "Lo que natura no da, Salamanca no presta", rezaba todavía en latín el viejo adagio de la Universidad más antigua de España. Cosas son de la biología que no de las instituciones, podemos agregar parafraseando otro conocido proverbio castellano.

Y así, en busca de los Maestros —en la doble acepción de la palabra— pedí y obtuve una cita con quien juzgo debe comenzar la serie por ser el decano del cuerpo docente de la Escuela de Artes Plásticas; su primer director y quien estructuró su primer Plan de Estudios profesional y universitario. Me refiero a

Jorge Martínez López

La primera sorpresa que nos tiene es la de su nombre: fue registrado y bautizado con el de Octavio y "apodado" por una de sus hermanas con el de Jorge, que acabó por dominar en el ámbito familiar y, con posterioridad fue notarialmente legalizado para que el Maestro pudiera salir, por vez primera, al extranjero.

Nativo de la ciudad de Guadalajara, abrió los ojos a la luz el 25 de octubre de 1916 en la misma casona ancestral donde continúa viviendo, en medio de esculturas, de pájaros policromos, un gato de Angora, su caim-terrier cachorro "Yaqui" y una espléndida cortina vegetal que lo aísla del mundo exterior. En aquel ambiente, de diseño moderno enclavado en una arquitectura del fin de siglo pasado, rodeado de los más disímolos y hermosos caracoles, de libros de arte y objetos cuidadosamente seleccionados, hablamos "de todo un poco" en dos largas sesiones, el magnífico conversador que es Don Jorge Martínez y yo.

Por ello me enteré de lo que sigue:

Hizo sus estudios de Primaria en la Superior Número 1, que por entonces dirigía el célebre pedagogo Don Aurelio Ortega; y de ahí pasó a la Universidad de Guadalajara a cursar la Preparatoria de cinco años, que más tarde se dividió en dos etapas: tres años de Secundaria y dos de Bachillerato.

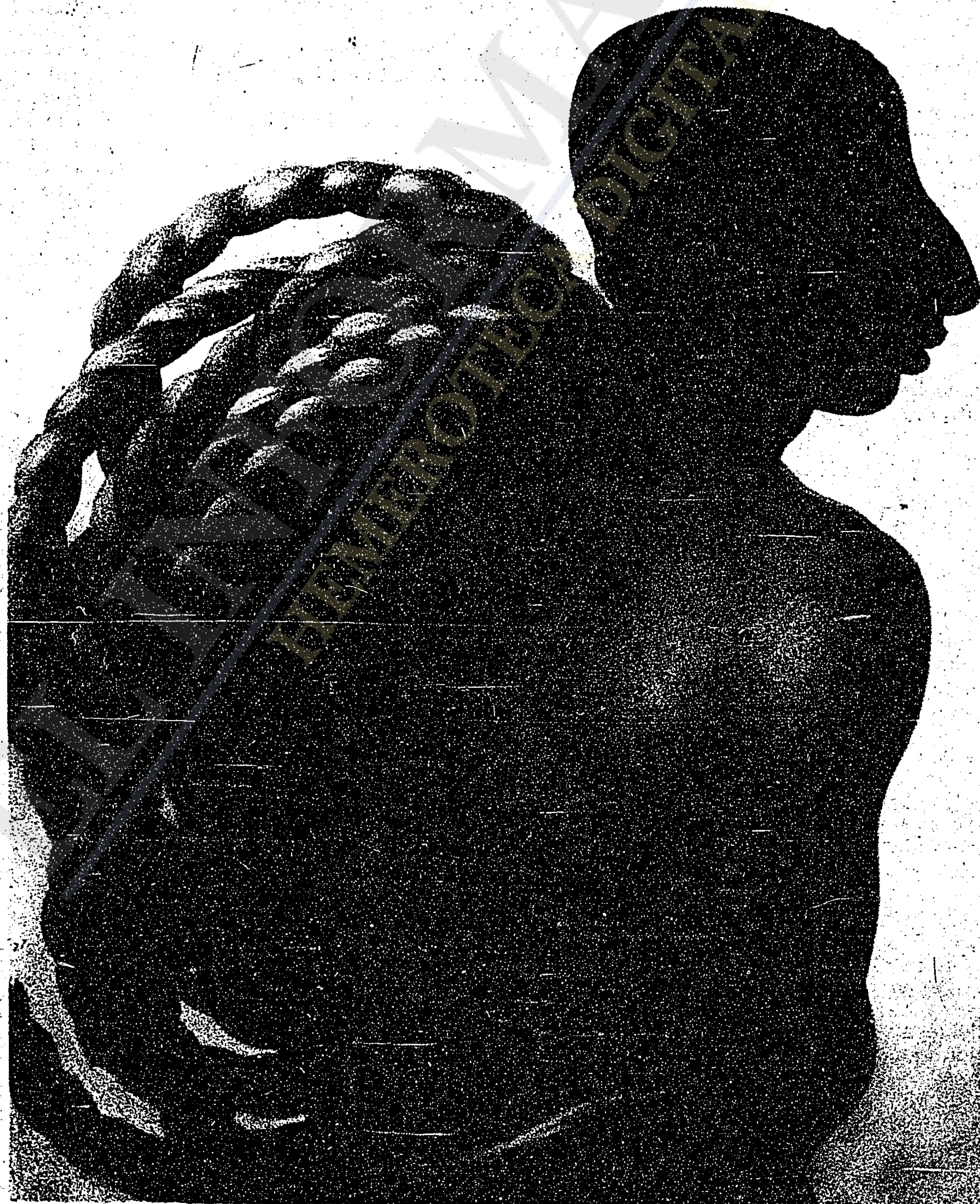
Aunque siempre quiso dedicarse a la pintura, su padre insistió en que tuviera una profesión "práctica" y el artista pensó en la carrera de Arquitectura, opción inaccesible por no existir todavía en la ciudad.

Frente a él sólo quedó la Facultad de Ingeniería y a ella dirigió sus pasos, concluyendo los estudios y obteniendo, como pasante, el rimbombante grado de "Bachiller en Ciencias Físico-Matemáticas", desaparecido poco después, en el seno de la Universidad. Inició su tesis proyectando un Reformatorio para menores... construyó una casa de campo para Salvador Padilla Aldrete, estuvo a punto de construir un burdel, en Mazatlán, cuando se dio cuenta de que no sería un hotel...! En fin hizo sus

pininos en el campo de la Ingeniería antes de cambiarla para siempre por su primer y único amor profesional: la pintura.

El azar, que indudablemente marca muchos derroteros humanos, se presentó a Don Jorge en la figura de Luis, su hermano. Esta amaba las letras y las artes y gustaba de las sabrosas tertulias que giraban en torno al "hermano Ixca" en los equipales del Museo. Conocía, por tanto, a los pintores que en el patio centenario se reunían y llevaba muy especial amistad con Jesús Guerrero Galván. En una oca-

Apuntes para la Historia de la Pintura en Jalisco (XXVI)



Una de las obras del Maestro Martínez

sión, accidentalmente, descubrió unos dibujos del hermano pequeño —Jorge es el menor de ocho—, se los mostró a Guerrero Galván y éste lo invitó como único alumno.

Guerrero Galván era indio puro, de la raza tonalteca; habitaba una humillísima choza de adobe, piso de tierra apisonada, ventana semidescubierta por una cruz de palos que sostenía un costal de ixtle, como protección de vientos, lluvias y fríos. En el interior, buenos muebles coloniales, bien torneados, y libros en sus estantes, marcaban el contrapunto: libros y mobiliario habían sido obsequio de Zuno. El pintor vivía cruzando el río de San Juan de Dios, fétido aun, en una zona conocida como "El Algodonal". Sus padres vendían cacahuates y naranjas en algún punto perdido de la ciudad y él ayudaba, de niño, a cuidar el negocio familiar. Un día afortunado, pasó por ahí Vizcarra y vio los dibujos que, con carbón y en el suelo, había estado haciendo el pequeño indio. Miró el talento de sus infantiles manos y lo llevó a su taller a aprender pintura. Muchos años después, Guerrero Galván emigrará a la capital de la República, como tantos y tantos pintores jaliscienses, y allá logrará fama y dinero. En su momento, nos referimos a él y su destino prodigioso.

Cuando Jorge se inició con Guerrero Galván ya había alcanzado un par de premios en concursos escolares: un Primer Lugar en su Escuela Primaria y un Segundo Lugar a nivel estatal. Con el artista tonalteca aprendió disciplina, lo que Orozco juzgaba fundamental; lo que Vizcarra heredó, como un tesoro, a Guerrero y éste transmitió a su discípulo adolescente. Lo enseñó a dibujar; su método era lento y, a veces, fastidioso, pero Martínez aprendió con él a perfeccionar cada línea, cada luz y cada sombra...

De los catorce a los dieciséis años estudió con Guerrero Galván; cruzó el río y se instaló, obediente, frente a una mano de yeso o cualquier otro modelo, a pintarlo por un lado y por el otro, bajo este y aquel ángulo; con esta y aquella luz... Cuando el Maestro se fue, le dejó consejos: seguir los caminos de la Academia, dibujar del natural y leer, leer y leer... Pero, sobre todo, le enseñó a desarrollar la autocrítica, lo que hace que él mismo —Martínez— sea el más exigente de todos sus críticos.

En el alma del pintor han quedado grabadas para siempre la admiración y la gratitud para con su primer Maestro.

Después, entró al taller de Don Francisco Rodríguez "Caracalla" y al poco tiempo formó parte del Grupo de "Pintores Jóvenes de Jalisco". Tenía 16 ó 17 años. "Caracalla" era considerado por la crítica como "el mejor colorista" del Estado y a su lado permaneció un par de años, junto con María de la O Fernández y Juan Soriano, entre otros. Del segundo Maestro aprendió "lo más duro y difícil del oficio: la parte creativa de la pintura".

En aquellos años se mostraron las primeras exposiciones en las que participó: en 1933 el Gobierno propició una muestra extraordinaria, por su calidad, en la que presentaron obras autores de la talla de Siqueiros, Rivera, Ramón Alva de la Canal, y otros cuya conjunción no se ha logrado ver en estas tierras de nuevo. El antiguo Templo de Santo Tomás (Telégrafos) sirvió de local a la exposición y en ella vendió sus primeros cuadros el joven Martínez. Un año después se presentó en la colectiva de "Pintores Jóvenes de Jalisco" y en ambas muestras fueron elogiados ampliamente Soriano, María de la O y Don Jorge.

Luego, el Grupo se desintegró por la emigración, casi masiva de sus miembros a la ciudad de México, y en 1936 llegó, a Guadalajara, el genio de Zapotlán, precedido ya de una fama que lo convertía en verdadero "monstruo sagrado". Llegaba solo, sin ayudantes y tuvo que buscarlos visitando los distintos ateliers. Le gustó Lavanderas, el mural que Martínez había dejado en el taller de "Caracalla" y a través de Oscar Bernach —asesinado muy joven, poco después— lo mandó llamar.

(Continuará)...